

imaginacion; y allí acuden los jovenzuelos, las mujeres atrevidas y los viejos libertinos de nariz arrugada, armados de lentes, gemelos, anteojos y cuantos instrumentos ópticos puedan servir para acercar las formas, como dice Aleardi, publicadas desde el palco.

A la salida del teatro se encuentran todos los cafés llenos de gente, la ciudad iluminada, é innumerables carruajes en las calles, como al principio de la noche. Cuando se sale del teatro en un país extranjero se siente uno un poco triste: se han visto tantas hermosas criaturas, y ninguna nos ha dirigido una mirada.....! Pero un italiano halla en Madrid cierto consuelo. Cántanse casi siempre óperas italianas, y se cantan en italiano; de modo que al volver á casa oís tararear con palabras de vuestra lengua aquellos aires que os son familiares desde la infancia; escuchais un *palpito* aquí, un *fiero genitor* allá, un *tremenda vendetta* más adelante, y aquellas palabras os hacen el efecto de saludos de gente amiga. Pero para llegar á casa, ¡qué inextricable espesura de sayas y basquiñas teneis que atravesar! Se dá la palma á París, y no dudo que la merezca; pero tampoco se queda atrás Madrid: y qué atrevimiento, y qué palabras de fuego, y qué provocaciones imperiosas! Finalmente llegais delante de vuestra casa; pero no teneis la llave de la puerta:—No se apure V.,—os dice el primer ciudadano que encontrais;—¿vé V. allá en el fondo de la calle un farol? El hombre que lo lleva es un sereno, y los serenos tienen las llaves de todas las casas.—Entónces gritais en alta voz:—Serenos!—y el farol se

aproxima, y un hombre con un manojo enorme de llaves entre las manos os echa una ojeada escrutadora, os abre la puerta, os alumbrá hasta el primer piso y os dá las buenas noches. Por cuatro reales al mes está uno libre del engorro de andar con la llave en el bolsillo. El sereno es un empleado del municipio, y hay uno para cada calle, y cada uno tiene su pito: si se prende fuego en vuestra casa, ó ladrones os saltan la cerradura, no teneis más que asomaros á la ventana y gritar:—Serenos! Socorro!—El sereno que está en la calle silba, los serenos de las calles inmediatas silban, y en pocos minutos todos los serenos del distrito corren en ayuda vuestra. A cualquier hora de la noche en que os desveleis, oís la voz del sereno que la anuncia, añadiendo que hace buen tiempo, ó que llueve, ó que está para llover. Qué de cosas sabe y qué de cosas calla esta nocturna centinela! Cuántos tristes adioses de amor no escucha! Cuántos billetitos no ve caer de las ventanas, y llaves saltar sobre el empedrado, y manos cortar el aire con signos misteriosos, y amantes embozados enfilas las portezuelas, y ventanas iluminadas oscurecerse de repente, y negros fantasmas deslizarse al primer albor del día por lo largo de los muros!....

No he hablado más que de los teatros. En Madrid hay un concierto musical, se puede decir, cada día: conciertos en los teatros, conciertos en las academias, conciertos en las calles; y luego una multitud de músicos ambulantes que os ensordecen á cualquiera hora del día. Viendo y oyendo todo es-

to, entra uno en ganas de preguntar cómo un pueblo tan apasionado de la música, que necesita de ella, estoy por decirlo así, no ménos que del aire que respira, no ha dado jamás al arte un gran maestro. Los españoles no saben explicárselo.

Habría que emborronar mucho papel á querer describir los grandes arrabales de Madrid, las puertas, los paseos fuera de la ciudad, las plazas, las calles históricas; y al que le agradare no omitir nada, los magníficos cafés: El Imperial en la puerta del Sol; Fornos en la calle de Alcalá (que son dos salas vastísimas, en las cuales, quitadas las mesas, podría maniobrar un escuadron de caballería), y los otros innumerables que á cada paso se encuentran, donde bailarían cómodamente cien parejas; las tiendas fastuosas que ocupan todo el piso bajo de grandes edificios, entre ellas las tabaquerías, lugar de reunion de los señorones, llenas de tantos cigarros pequeñísimos, gruesos, enormes, redondos, aplastados, puntiagudos, hechos en figura de sierpe, de arco, de huso, de todas formas, gustos y precios, para contentar la más loca fantasía de fumador, y embriagar toda la poblacion de una ciudad; los espaciosos mercados; los cuarteles de cuerpo de ejército; el gran Palacio Real, en donde el Quirinal y el Pitti podrían esconderse sin peligro de ser descubiertos; la ancha calle de Atocha, que atraviesa la ciudad; el inmenso jardin del Retiro, con su gran estanque, con sus colinillas coronadas de kioscos, con sus millares de peregrinas aves..... Pero más que todo merecen particular atencion los Museos de armas, de pintura

y de marina, para cada uno de los cuales seria poco un volúmen.

La Armería de Madrid es una de las más hermosas del mundo. Al entrar en la vastísima sala, el corazón da un salto, la sangre se revuelve, y permanecéis inmóvil sobre el umbral como un desmemoriado. Un ejército entero de caballeros cubiertos de hierro, con las espadas en la mano, las lanzas en el rioste, brillantes, formidables, se arroja contra vosotros como legion de espectros. Es un ejército de emperadores, de reyes, de duques, encerrados en las más ricas armaduras que hayan salido nunca de las manos del hombre, y sobre las cuales diez y ocho desmesuradas ventanas esparcen torrentes de luz, que arrancan del metal vivísimo centelleo de chispas y colores. Las paredes están cubiertas de corazas, yelmos, arcos, fusiles, espadas, alabardas, lanzas de torneo, mosquetes enormes, y lanzones gigantescos que se elevan desde el pavimento á la bóveda: pendien de ésta banderas de todos los ejércitos del mundo, trofeos de Lepanto, de San Quintin, de la guerra de la Independencia, de las guerras de Africa, Cuba y Méjico. Por todas partes andan en profusion las enseñas gloriosas, las armas ilustres, maravillosos trabajos de arte, efigies, emblemas y nombres inmortales. No se sabe en dónde dar principio á la admiracion: el primer momento corre uno de aquí para allá contemplándolo todo sin ver nada, y se siente rendido antes de haber comenzado. En medio de la sala están las armaduras ecuestres; caballos y caballeros

dispuestos en orden, de tres en tres, de dos en dos, vueltos todos de la misma parte como un escuadron en columna: distínguense allí á primera vista, entre otras, las armaduras de Felipe II, de Cárlos V, de Manuel Filiberto, de Cristóbal Colon. Esparcidos sin orden, y sobre piés de madera, se ven yelmos, cascos, morriones, collarines y rodelas pertenecientes á los reyes de Aragon, de Castilla y de Navarra, labrados en finisimos relieves de plata que representan batallas, escenas mitológicas, figuras simbólicas, trofeos, guirnaldas: algunos de inestimable valor, como obra de los más insignes artistas de Europa; otros de forma extraña, recargados de adornos, con crestas, viseras y cimeras colosales: además yelmos y coracillas de pequeños príncipes; espadas y escudos regalados por papas y monarcas. En medio de las armaduras ecuestres, se alzan estátuas vestidas de fantásticas telas de americanos, de africanos y de chinos, ornadas de plumas y colgantes, con arcos y carcaxes; espantosas máscaras guerreras; hábitos de mandarines tejidos de oro y seda. A lo largo de las paredes otras armaduras: la del marqués de Pescara, la del poeta Garcilaso de la Vega, la del marqués de Santa Cruz, la gigantesca de Juan Federico el Magnánimo, duque de Sajonia; y de una á otra, estandartes árabes, persas y moriscos, que cuelgan en girones. Los armarios guardan una coleccion de espadas tales, que con sólo oír el nombre de aquellos que las usaron se os agita la sangre: la espada del príncipe de Condé, la espada de Isabel la Católica, la espada de Felipe II, la espada de Hernan-Cortés,

la espada del Conde-Duque de Olivares, la espada de D. Juan de Austria, la espada de Gonzalo de Córdoba, la espada de Pizarro, la espada del Cid; y un poco más allá la celada del rey Boabdil de Granada, la rodela de Francisco I, la silla de campo de Carlos V. En un rincón de la sala están agrupados los trofeos de los ejércitos otomanos: yelmos cuajados de piedras preciosas, espuelas, estribos dorados, collares de esclavos, puñales, cimitarras con la vaina de terciopelo labrado de oro, bordada y sembrada de perlas; aquí los despojos de Ali-Bajá muerto sobre la galera capitana en la batalla de Lepanto: su caftán de brocado de oro y plata, el cinturón, el escudo; cerca los despojos de sus hijos, y las banderas arrancadas de las naves. En otro lado coronas votivas, cruces y adornos de príncipes godos. En distinta habitación los objetos cogidos á los indios de Marivales, á los moros de Cagayan y de Mindanao, á los salvajes de las islas más remotas de Oceanía: collares fabricados con la concha del caracol, pipas de latón, ídolos de madera, flautas de caña, adornos hechos de zancas de insectos, colchas de hojas de palmera, otras hojas manuscritas que servían de salvo-conducto, flechas envenenadas, cuchillas de verdugos. Y luego, por cualquier parte hácia donde uno se vuelva, sillas de reyes, cotas de armas, cubrinas, tambores históricos, fajas, inscripciones, memorias é imágenes de todos los tiempos y de todos los países; desde la entrada de los godos á la batalla de Tetuan, desde Méjico á la China: un emporio de riquezas y de obras maestras, del cual se

aleja uno conmovido, aturdido, para volver despues en sí como de un sueño, con la memoria fatigada y confusa.

Si un dia un gran poeta italiano quiere cantar el descubrimiento del Nuevo Mundo, en ningun lugar puede recibir inspiraciones más poderosas que en el Museo Naval de Madrid, porque en ningun lugar se sienten más profundamente el aura vírgen de la América salvaje y la presencia misteriosa de Colon. Hay una sala llamada Gabinete de los descubridores: si el poeta que penetre en ella tiene verdadera mente alma de poeta, se descubrirá la cabeza con veneracion. Cualquiera que sea el punto de la sala donde caiga la mirada, tropiézase con una imágen que apresura los latidos del corazon: no se está ya en Europa, ni en este siglo; se está en la América del siglo XV, y se respira aquel aire, y se ven aquellos lugares, y se siente aquella vida. En medio hay un alto trofeo de armas cogidas á los indígenas de las tierras descubiertas: escudos revestidos de pieles de fieras; dardos de madera con la punta guarnecida de plumas; sables de la misma materia dentro de vainas de mimbres, con la empuñadura adornada de crines y cabellos pendientes en largas trenzas; mazas, astas, clavas enormes, grandes espadas dentelladas á modo de sierra, cetros informes, carcaxes de gigantes, trajes de pelo de mono, dagas de reyes y de verdugos, armas de los salvajes de Cuba, de Méjico, de la Nueva Caledonia, de las Carolinas, de las más remotas islas del Pacífico: negras, extrañas, horrendas, que traen á la fantasía visiones confusas

de luchas terribles en la oscuridad misteriosa de las forestas vírgenes, dentro interminables laberintos de árboles desconocidos. Y en derredor de estos despojos arrancados á un mundo salvaje, las imágenes y las memorias de los vencedores: aquí el retrato de Colon, allá el retrato de Pizarro, más allá el retrato de Hernan Cortés: en una pared, el mapa de América que trazó Juan de la Cosa en el segundo viaje del Genovés, sobre ancho lienzo sembrado de figuras, colores y signos que debieron servir para gobernar las expediciones por el interior de las tierras; cerca del lienzo, un pedazo de árbol bajo el cual descansó el Conquistador de Méjico en la famosa *noche triste*, despues de haberse abierto paso á través del inmenso ejército que lo aguardaba en el valle de Otumba; un vaso hecho del tronco del árbol junto al cual murió el célebre capitan Cook; imitaciones de lanchas, de barcazas, de canoas usadas por los salvajes; retratos de navegantes ilustres; y en la parte de enmedio un gran cuadro que representa las tres naves de Cristóbal Colon: la *Niña*, la *Pinta* y la *Santa María*, en el momento en que descubren la tierra americana, y todos los marineros, de pié sobre la popa, agitando los brazos y lanzando alegres gritos, saludan el Nuevo Mundo y dan las gracias á Dios. No hay palabra que exprese la emocion que se experimenta á la vista de aquel espectáculo, ni lágrima que valga la que oscila en nuestros ojos en aquel momento, ni alma humana que no se sienta entónces más grande!

Las otras salas, que son diez, están llenas tam-



bien de objetos preciosos. En la que hay al lado del Gabinete de los descubridores, se han recogido las memorias de la batalla de Trafalgar: el cuadro de la Santísima Trinidad que estaba en el camarote de popa del navío *Real Trinidad*, y que fué cogido por los ingleses pocos minutos antes de irse la nave á pique; el sombrero y la espada de Federico Gravina, Capitan general de la flota española, muerto en aquella jornada; un gran modelo completo de la nave *Santa Ana*, una de las pocas que escaparon salvas de la batalla; banderas, retratos de almirantes, pinturas que representan episodios de aquella lucha tremenda. Y junto á las memorias de Trafalgar, otras muchas que hablan no ménos eficazmente al ánimo, como un cáliz hecho de madera del árbol llamado ceiba, á la sombra del cual se celebró la primera misa en la Habana el 19 de Marzo de 1519; el baston del capitan Cook; ídolos de salvajes, é instrumentos de piedra que servian á los indios de Puerto-Rico para labrar sus ídolos, ántes del descubrimiento de la isla. Despues de ésta, otra gran sala, entrando en la cual se halla uno enmedio de una flota de galeras, de carabelas, de faluchos, de bergantines, de corbetas, de fragatas, de naves de todos los mares y de todos los siglos, armadas y con sus banderas y provisiones, que parece no esperan sino el viento para darse á la mar y esparcirse por el mundo. En las otras salas confusion de máquinas, de armas navales; cuadros representando todas las empresas marítimas del pueblo español; retratos de almirantes, de navegantes y de marineros; trofeos de

Asia, de América, de Africa, de Oceanía: en tanto número, que hay que pasar corriendo para tener tiempo de verlo todo ántes de que os coja la noche. Saliendo del Museo Naval, os parece volver de un viaje alrededor del globo. ¡Cuánto se ha vivido en aquellas pocas horas!

Hay tambien en Madrid un gran Museo de Artillería, un inmenso Musco de Ingenieros, un precioso museo Arqueológico, un notable Museo de Historia Natural, y otras mil cosas dignas de verse; pero es preciso sacrificar su descripcion al maravilloso Museo de Pintura.

El dia en que se entra por primera vez en un Museo como el de Madrid, constituye una fecha histórica en la vida de un hombre: es un acontecimiento importante, como el matrimonio, el nacimiento de un hijo, la toma de posesion de una herencia: se sienten sus efectos hasta la muerte. Porque un Museo como el de Madrid, como el de Florencia, como el de Roma, es un mundo. Un dia pasado entre aquellas paredes es un año de vida, y un año de vida agitada por todas las pasiones que nos pueden agitar en la vida real: el amor, la religion, el sentimiento de la pátria, el entusiasmo de la gloria; un año de vida por lo que se goza, por lo que se aprende, por lo que se piensa, por las consoladoras enseñanzas que se recogen para el porvenir; un año de vida en el cual se han leído mil volúmenes, experimentado mil afectos y corrido mil aventuras. Estos pensamientos revolvia yo en la mente al dirigirme á paso rápido hácia el palacio del

Museo de Pintura, que está puesto á la izquierda del Prado conforme se baja de la calle de Alcalá. Y era tanto el placer que me agitaba, que en llegando delante de la puerta, me detuve y díjeme á mí mismo:

—¡Veamos!... ¿Qué cosa has hecho tú en la vida para merecer entrar ahí dentro? Nada! Pues bien: el día que caiga sobre tí una desgracia, inclina la cabeza, y ten por saldada la partida.

Entré, y me quité el sombrero sin darme cuenta de ello: mi corazón palpitaba fuertemente, y un estremecimiento ligero me corria desde la cabeza á los piés. En la primera sala no hay más que algunos grandes cuadros de Luca Giordano: pasé adelante. En la segunda

cominciai á non esser più io,

y en vez de ponerme á mirar cuadro por cuadro, dejé el exámen para despues, y dí la vuelta al Museo casi corriendo. Están en la segunda sala los cuadros de Goya, el último gran pintor español; en la tercera, vasta como una plaza, las obras principales de los primeros maestros. Conforme se entra, hallais á un lado las vírgenes de Murillo, á otro los santos de Ribera, algo más allá los retratos de Velazquez; en medio de la sala cuadros de Rafael, de Miguel Angel, de Andrea del Sarto; en el fondo el Tiziano, el Tintoretto, Pablo Verones, el Correggio, el Dominiquino, Güido Reni. Volveis atrás; penetrais en una gran sala que está á mano derecha; veis en el fondo otros cuadros de Rafael; á entrambos lados Velazquez, el Ti-

ziano y Ribera; junto á la puerta Rubens, Van Dick, fray Angélico y Murillo. En otra sala la escuela francesa: Poussin, Duguet, Lorena. En otras dos vastísimas, las paredes cubiertas con los cuadros de Breughel, de Téniers, de Jordaens, de Rubens, de Dürer, de Schoen, de Mengs, de Rembrandt, de Bosch. Por otras tres no menos vastas, puestos en desórden, cuadros de Juanes, de Carvajal, de Herrera, de Lúca Giordano, de Carducci, de Salvador Rosa, de Menéndez, de Cano, de Ribera. Dais vueltas por espacio de una hora, y no habeis visto nada. La hora primera es un combate en que las obras maestras luchan para disputarse vuestro ánimo: la *Concepcion* de Murillo derrama torrentes de luz sobre el *Martirio de San Bartolomé* de Ribera; el *San Jáime* de Ribera confunde al *San Estéban* de Juanes; el *Carlos V* del Tiziano fulmina al *Conde-Duque de Olivares* de Velazquez; el *Pasmo de Sicilia* de Rafael cubre de tinieblas todos los cuadros que le circundan; los *Borrachos* de Velazquez desconciertan con un reflejo de alegría bacanalesca los rostros de los santos y principes cercanos; Rubens aterra á Van Dick; Pablo Verones humilla á Tiépolo; Goya mata á Madrazo; los vencidos se desquitan sobre otros más humildes, que á su vez se sobreponen más allá á los vencedores: es una porfía ó un certámen de milagros de arte, en medio de los cuales vuestra alma inquieta tiembla como una llama agitada de mil soplos, y vuestro corazon se ensancha en un sentimiento de jorgullo por el poder del humano genio.

Pasado el primer entusiasmo, se comienza á ad-

mirar. En medio un ejército de artistas semejantes, cada uno de los cuales reclamaria para sí un libro, me atengo á los españoles; y entre los españoles, á los cuatro que despertaron en mí admiracion más profunda, y de cuyos lienzos conservo memoria más clara.

El más reciente de ellos es Goya, que nació hácia la mitad del siglo pasado. Es el pintor más español de España; el pintor de los toreros, de los manolos, de los contrabandistas, de las brujas, de los ladrones, de la guerra de la independendia, de aquella antigua sociedad española que se disolvió bajo sus ojos: un aragonés altivo, hombre de temperamento de hierro, apasionado por las corridas de toros, hasta el punto de que en los últimos años de su vida, residiendo en Burdeos, venia á Madrid solamente para ver aquel espectáculo, y tornábase como una flecha sin saludar siquiera á sus amigos: ingenio robusto, mordaz, imperioso, fulmíneo, que en el calor de sus violentas inspiraciones en pocos instantes cubria de figuras una pared ó un lienzo, y daba los toques de efecto con cuanto caia en sus manos: esponjas, brochas, palos; que trazando el rostro de un personaje odiado lo insultaba; que pintaba un cuadro como hubiera reñido una batalla; dibujante atrevidísimo, colorista original y potente; creador de una pintura inimitable: pintura de sombras tenebrosas, de luces arcanas, de semblantes alterados, mas con todo verdaderos; gran maestro en la expresion de todos los efectos terribles: de la ira, del ódio, de la desesperacion, de la rabia sanguinaria; pintor atlé-

tico, batallador, incansable; naturalista como Velazquez, fantástico como Hogart, enérgico como Rembrandt: último relámpago color de sangre del génio español. Hay varios cuadros suyos en el Museo de Madrid, entre ellos uno vastísimo que representa toda la familia de Cárlos IV; pero los dos en que entera derramó su alma, son: los soldados franceses que fusilan á los españoles el 2 de mayo, y una lucha de la gente del pueblo madrileño con los mamelucos de Napoleon I, en figuras de tamaño natural. Son dos cuadros que horrorizan. No se puede imaginar nada más tremendo; no se puede dar á la fuerza prepotente una forma más execrable; á la desesperacion un aspecto más espantoso; al furor de la refriega una expresion más feroz. En el primero, un cielo oscuro, la luz de una linterna, un lago de sangre, un monton de cadáveres, multitud de condenados á muerte, una fila de soldados franceses en el momento de disparar. En el otro, caballos desangrados, caballeros caidos de la silla, acuchillados, pisoteados: ¡Qué rostros! ¡Qué actitudes! Parece sentir los gritos, y ver cómo corre la sangre: la escena verdadera no podria despertar más horror. Goya debe haber pintado aquellos cuadros con los ojos extraviados, con la espuma en la boca, con la furia de un poseido. Es el último punto á que puede llegar la pintura ántes de traducirse en accion: atravesado aquel límite, se tira el pincel y se coge un puñal: Para hacer algo más terrible que aquellos cuadros, es preciso matar: detrás de aquellos colores, está la sangre.

De Ribera, á quien nosotros conocemos bajo el nombre de *Españoleto*, hay tantos cuadros que podría formarse con sólo ellos un Museo: la mayor parte figuras de santos, de tamaño natural; un *Martirio de San Bartolomé*, de más figuras, y un Prometeo colosal encadenado á un escollo. Otros cuadros suyos se encuentran en diversos Museos, en el Escorial, en las iglesias; que fué artista fecundísimo y laborioso como casi todos los artistas españoles. Visto uno de sus cuadros, se reconocen al primer golpe todos los demás, sin que sea necesario tener para ello un ojo experto. Son viejos santos, extenuados, con cabezas calvas, desnudos, en los cuales se pueden contar las venas; ojos hundidos, mejillas descarnadas, frentes llenas de arrugas, pechos cóncavos que dejan ver las costillas, brazos y manos que no tienen sino piel y huesos, cuerpos consumidos, deshechos, cubiertos de andrajos, amarillos, con aquel amarillento pálido de los cadáveres, llagados con exceso y con exceso ensangrentados: son esqueletos que parecen acabados de salir del féretro, y que llevan en el rostro como la huella de todos los desmayos de las enfermedades, de la tortura, del hambre y del insomnio; figuras de mesa anatómica sobre las cuales podeis estudiar todos los secretos del organismo humano. Admirables, sí, por lo atrevido del dibujo, por lo vigoroso del colorido, y por otras mil prendas que dieron á Ribera la fama de eminentísimo pintor; pero el arte verdadero y grande ¡ah! no es ese. En los rostros de sus santos no resplandecce aquella luz celes-  
aquel

immortal raggio dell' alma

que revela con el sublime dolor las esperanzas sublimes,

gl'intimi lampi e i desiderii inmensi;

aquella luz que aparta los ojos de la llaga y eleva el pensamiento al cielo: no hay más que dolor crudo, que causa espanto y horror; no más que el cansancio de la vida y el presentimiento de la muerte; no más que la vida humana que huye, sin el reflejo de la vida inmortal que llega. No hay uno de aquellos santos cuya imágen se recuerde con amor: se miran, y se siente frio en el corazon, pero el corazon no palpita: Ribera no amaba. Y, sin embargo, recorriendo las salas del Museo, por vivo que fuese el sentimiento de casi repugnancia que muchos de aquellos cuadros me inspiraban, era preciso que los mirase, y no podia separar de ellos los ojos: tanta es la fuerza de la verdad, aunque desagradable, y en tal modo son verdaderos los cuadros de Ribera. Reconocia yo aquellos semblantes; los habia visto en los hospitales, en las estancias mortuorias, tras las puertas de las iglesias; son rostros de pordioseros, de moribundos, de condenados á muerte, que vienen á ponérseme delante por la noche, hoy todavia, cuando recorro una calle desierta, cuando paso junto á un cementerio, cuando subo por una escalera desconocida. Hay algunos que no se pueden contemplar: un eremita, desnudo, tendido en tierra,



que parece un esqueleto con la piel; un viejo santo al cual la piel consumida da la apariencia de un cuerpo desollado; el Prometeo con las entrañas fuera del pecho. Gustábanle á Ribera la sangre, los miembros lacerados, la matanza; debía gozar representando dolores; creer en un infierno más horrendo que el infierno del Dante, y en un Dios más terrible que el Dios de Felipe II. En el Museo de Madrid, Ribera representa el terror religioso, la vejez, los padecimientos, la muerte.

Más alegre, más vário, más espléndido el gran Velazquez. Casi todas sus obras maestras están allí. Son un mundo, donde lo ha retratado todo: la guerra, la córte, la encrucijada, la taberna, el paraíso: es una galería de enanos, de imbéciles, de mendigos, de bufones, de borrachos, de comediantes, de reyes, de guerreros, de mártires, de divinidades; y todos vivos, hablando, en actitudes nuevas y atrevidas, con la frente serena, la sonrisa en los lábios, llenos de frescura y de vigor. Allí están el gran retrato del conde-duque de Olivares á caballo, el cuadro célebre de *Las Meninas*, el de *Las Hilanderas*, el de *Los Borrachos*, el de *La fragua de Vulcano*, el de *La Rendicion de Breda*: lienzos vastísimos, llenos de figuras que parecen escaparse del cuadro, y de las cuales, vistas una sola vez, claramente se recuerda el más fugitivo rasgo ó movimiento, ó sombra del semblante, como de personas vivas á quienes se acaba de encontrar: gente con la cual parece haber hablado, y en la cual se piensa mucho tiempo despues, como conocidos de no se sabe cuándo; gente que respira

alegría y arranca con la admiracion la sonrisa, y casi hace sentir la desazon de no poderla gustar sino con los ojos, de no poderse mezclar con ellos y robarles un poco de su exuberante vida. No es efecto de la prevencion favorable que despierta el nombre del gran artista; no hay necesidad de ser inteligente en arte: la mujer frivola, el muchacho, se detienen delante de aquellos cuadros, baten palmas, y rien: es la naturaleza retratada con una fidelidad superior á toda imaginacion. Se olvida al pintor; no se piensa en el arte; no se averigua el intento; se dice:—Es verdad! es así! es la imágen que yo me figuraba!—Diríase que Velazquez no ha puesto nada suyo; que ha dejado correr la mano, y que la mano no ha hecho más que fijar las líneas y los colores sobre el lienzo de una cámara óptica que reproducia los verdaderos personajes á quienes Velazquez retrataba. Más de sesenta cuadros suyos hay en el Museo de Madrid: veríanse una sola vez, y al vuelo, y no se olvidaría ninguno. Sucede con aquellos cuadros de Velazquez como con la novela de Alejandro Manzoni, que despues de leida por diez veces se entreteje y se confunde de tal suerte con nuestros particulares recuerdos, que nos parece haber tenido participacion en ella. Por semejante manera los cuadros de Velazquez se mezclan en la multitud de nuestros amigos y conocidos, nuevos y antiguos, de toda la vida, y acuden á nuestra memoria y se entretienen con nosotros, sin que recordemos siquiera haberlos visto pintados.

Y hablemos ahora de Murillo con el tono de voz

más suave que pueda salir de nuestros labios. Velazquez es en el arte un águila; Murillo un ángel: á Velazquez se le admira; á Murillo se le adora. Sus lienzos le dan á conocer como si hubiera vivido entre nosotros. Era simpático, era bueno, era piadoso; la envidia no sabia dónde morderle; en torno de su corona de gloria llevaba una aureola de amor. Había nacido para pintar el cielo: estaba dotado de un génio pacato y sereno, que se elevaba á Dios en alas de plácida inspiracion. Por esto sus cuadros más admirables respiran como un áura de suave dulzura, que despierta la simpatía y el afecto ántes aún que el asombro. Una elegancia noble y sencilla de contornos, una expresion llena de viveza y de gracia, una inefable armonía de colores, son las prendas que ofrecen á primera vista; pero cuanto más se observa, más se descubre, y el asombro se muda poco á poco en un sentimiento de sabrosísimo deleite. Sus santos tienen un aspecto bondadoso que alegra y consuela; sus ángeles, que agrupaba con maestría maravillosa, hacen temblar el lábio con el deseo de los besos; sus vírgenes, vestidas de blanco y envueltas en amplio manto azul, con grandes ojos negros, con las manos juntas, sutiles, flexibles, aéreas, llenan el corazon de dulzura y de lágrimas los ojos.

Murillo une la naturalidad de Velazquez á los efectos osados de Ribera, á la transparencia armoniosa del Tiziano, y á la brillante viveza de Rubens. España le dió el nombre de «Pintor de las Concepciones,» porque fué inimitable en el arte de representar esta divina idea. Hay cuatro grandes Concepciones suyas

en el Museo de Madrid. Yo pasaba delante de aquellos cuatro cuadros dias casi enteros, inmóvil, como estático. Robábame la atencion, sobre todo, aquella que no está completa, con los brazos cruzados sobre el pecho y la media luna atravesada en el talle: muchos la posponen á las restantes; temblaba al oírlo; era presa de una pasion inexplicable por aquel rostro. Más de una vez, mirándola, sentí que me corrian las lágrimas por las mejillas. Delante de aquel cuadro, mi corazon se ennoblecia y mi inteligencia se elevaba á una altura de pensamientos á que no habia llegado jamás. No era el entusiasmo de la fé; era un deseo, una aspiracion inmensa á la fé; una esperanza que me hacia entrever una vida más noble, más fecunda, más hermosa que la que habia llevado hasta entónces; un sentimiento nuevo de la plegaria; una necesidad de amar, de hacer el bien, de sufrir por los demás, de expiar, de engrandecer mi entendimiento y mi corazon. Jamás he estado tan cercano á la fé como en aquellos momentos; jamás he sido tan bueno y tan afectuoso: creo que sobre mi rostro no ha brillado nunca con tanto esplendor mi alma. *La Virgen de los Dolores, Santa Ana que enseña á leer á la Virgen, Cristo en la Cruz, la Anunciacion, la Adoracion de los Pastores, la Sacra familia, la Virgen del Rosario, el Niño Jesús,* son todos cuadros admirables y hermosos, bañados de una luz tranquila y suave que penetra en el alma. Preciso es ver el domingo á los niños, las muchachas y las mujeres del pueblo delante de aquellas imágenes; ver cómo se iluminan sus semblantes, y

oir qué dulces palabras salen de sus lábios. Murillo es para ellos un santo: pronuncian su nombre con una sonrisa, como diciendo:—Es nuestro!—Y al pronunciarlo, os miran como para exigir de vosotros un ademán de reverencia.

No todos los artistas piensan lo mismo; pero le aman también ellos con preferencia á los demás, y no consiguen apartar la admiración del amor. Murillo no es solamente un gran pintor: es un alma grande; y más que una gloria, es un afecto de España; y más que un maestro soberano de lo bello, es un bienhechor, un inspirador de buenas acciones, una imagen querida, que una vez tomada de sus lienzos se lleva en el corazón toda la vida, con un sentimiento de gratitud y devoción religiosa. Es uno de aquellos hombres de los cuales no sé qué secreto presentimiento nos dice que debemos volver á verlos; que el volver á verlos nos es debido como un premio; que no pueden haber desaparecido para siempre; que están en algún lugar todavía; que su vida no ha sido más que la llamada de una luz inextinguible que deberá ofrecerse un día en todo su esplendor á los ojos de los mortales. Se dirá que son errores de la fantasía; pero ah! qué gratos errores!....

Después de las obras de estos cuatro grandes maestros, son de admirar los cuadros de Juanes, artista íntimamente italiano, á quien el dibujo correcto y la nobleza de los caracteres valieron el título, bien que pronunciado entre dientes, de Rafael español; no en el arte, sino en la vida, semejante á Fray Angélico; porque su estudio era un oratorio donde se

ayunaba y hacia penitencia, y él mismo, antes de consagrarse al trabajo, iba á tomar la comunión. Despues los cuadros de Alonso Cano; los cuadros de Pacheco, maestro de Murillo; de Pareja, esclavo de Velazquez; de Navarrete el Mudo; de Menendez, gran pintor de flores; de Herrera, de Coello, de Carvajal, de Collantes, de Rizi. De Zurbarán, uno de los más grandes pintores españoles, digno de figurar junto á los tres primeros, hay poco. De cuadros de otros artistas ménos notables que los nombrados, mas tambien por méritos diversos admirables, están llenos los corredores, las antecámaras y las salas de paso. Ni es este el único Museo de pinturas de Madrid: hay centenares de cuadros en la Academia de San Fernando, en el ministerio de Fomento, y en otras galerías privadas. Necesitamos meses y meses para ver bien cada cosa. ¿Qué no necesitaria para describirlas, áun aquel en quien alcanzase á tanto el ingenio? Uno de los más eminentes escritores de Francia, amantísimo de la pintura y gran maestro de descripciones, espantóse llegado el momento, y no halló cosa mejor que librarse de inconvenientes diciéndo que habria muchísimo que decir. Si él entendió que estaba bien callar, á mí debe parecerme haber dicho ya demasiado. Es una de las más dolorosas consecuencias de un hermoso viaje esta de encontrarse en la mente una multitud de bellas imágenes y en el corazon un tumulto de grandes afectos, y no poder, no saber expresar más que tan pequeña parte. ¡Con qué profundo desden rompería estas páginas cuando pienso en aquellos cuadros!